

Vicente Mengod

Así nacieron los héroes



QUEL hombre quiso identificar un perfume inmediato. Y vió un clavel, prendido en el ojal de su chaqueta. Precisamente en su chaqueta negra, raída, de líneas imposibles. Un grito de sorpresa hubiera sido lo más adecuado. Pero ni sus labios se movieron, ni sus manos, amorosamente enlazadas sobre el pecho, tuvieron la más leve sacudida.

El perfume le invadía los sentidos, como una mariposa de luz, danzando en las suavidades del tacto y en las vibraciones del aire, su cuerpecillo quebrado en el abismo de las pupilas quietas, inalterables.

El hombre se incorporó. El brillo de sus zapatos le arrancó una sorda exclamación. El eco no pudo devolverle su contrariedad. Sin embargo no comprendía la presencia de la flor en el ojal y, sobre todo, la presión actual de los zapatos, arrumbados en circunstancias de euforia económica, y la holgura de la chaqueta

de feliz memoria, en cuyas manchas sabiamente distribuidas podían leerse simpáticas fiestas, calladas libertades y la fecha de un singular matrimonio, firme en el recuerdo, rebelde a ser convertido en cenizas de olvido.

¿Qué había sido su matrimonio? Una carrera apresurada. La marcha hacia un paisaje con árboles soberbios, el ruiseñor, un trino en las ramas, las figurillas de un retablo feliz en actitud de arrobamiento.

¿Y después? El paisaje que se desplaza, lejano, inaccesible, el pajarillo que pulsa una sola cuerda, monótona, y las figurillas en actitudes salvajes, el cabello hirsuto, las manos nerviosas, las plantas de los pies señalando huellas profundas, de abismo. Y allá, en el fondo, una mujer decepcionada; heroína de tragedia, con la cintura dilatada y los senos perdidos entre las parábolas e industrias que las manos de una modista de tercer orden pudieron imaginar. Un fracaso, en suma.

Sin saber por qué experimentaba una satisfacción, los nervios en reposo, una laxitud completa ordenando la quietud de las manos sobre el pecho sin estremecimiento. Ni siquiera percibía el latido del corazón. Los pensamientos seguían la danza en su cerebro. Recuerdos, sueños de adolescente, contemplados desde la serenidad madura de los años, escenas de su vida varonil en desfile bullicioso.

¿Y sus hijos? No recordaba sus nombres ni facciones. Tal vez el olvido, la gran sabiduría, ponía ahora una pantalla sobre el recuerdo. Sin embargo, no era

posible que él, hombre al cabo, hubiese dejado en suspenso la siembra que florece en la cintura de la mujer. ¡Sembrar, ver reproducido en algún infante el propio torbellino emocional, he ahí una razón del vivir! Sin pensar en más, porque las ideas, los sueños, las preocupaciones son, en definitiva, necesaria levadura, rebelde a todo cálculo, de generación espontánea.

Quién sabe si estos hijos iban por el mundo, tendiendo la mano que entrega o crispando los dedos que exigen. ¡Pero qué importaba! Lo esencial era imaginarlos erguidos, existiendo, los cuerpos en la túnica del vestido cuidado, o mejor aún, la correa aldeana sobre el campesino zaragüey. Y frente a sus pupilas, el tráfico de la urbe o la quietud del campo bajo un cielo salpicado de tenues manchas rojas, azules, blancas, con el chispazo de una luz naciente.

El hombre dejó vagar su pensamiento. Un rumor llegó hasta él. Sentía ahora el golpe de su corazón, los ojos entornados, como tamiz de un resplandor de fuego. Las manos caídas sobre los muslos, los pies firmes en el suelo. Frente a él, un sendero de amable rumbo. Lejos, una silueta indescifrable.

Un impulso extraño le hizo avanzar hasta perderse en la maraña vegetal. El sendero trepaba por suaves alcores. El hombre siguió adelante. Y en los recodos del camino, tal como acontece en los sueños juveniles, fué detenido por una doncella.

* * *

El hombre, sorprendido, dijo palabras de torpe galantería. La mujer sonrió. Volviéndose hacia la lejanía inició su marcha. El hombre, quieto, con los pies clavados en la hierba, vió que los árboles y los cerros giraban en torno a él. Se llevó la mano a la frente, y una sensación de frío lo paralizó. Involuntariamente recordó las palabras y las halló ridículas, pedantes. Pero no le hubiera sido posible expresarse de otro modo. Las palabras se le desprendían de la boca sin esfuerzo, como una melodía involuntaria. De tal forma, que su esfuerzo se convertía en distracción. Nunca se había dejado vencer por los recursos de la fábula oratoria. Sus frases, más bien, eran incisivas, desprovistas de ropaje. Sus pensamientos, concretos. El gesto espontáneo. Y no obstante, ante una mujer desconocida, cuyos rasgos no acertaba a distinguir, se hallaba turbado, como un adolescente, reproduciendo, tal vez, la figura que en aquellos momentos ensayaban sus hijos, en lugares desconocidos.

Le atormentaban sus reflexiones. Y creyó que la doncella se alejaba. Pero otra vez oyó su voz, tal vez lejana, incomprensible, lanzada al viento como un mensaje.

De nuevo se halló envuelto en soledad. Frente a él, una llanura inmensa ceñida por árboles uniformes, recogidos en lluvia de verdor. Y arriba, una luz clarísi-

ma, sólo matizada en un lejano horizonte de ramas entrelazada en los declives de agrias serranías.

Tendió la vista a lo lejos, y vió que otros hombres se hallaban distraídos en la contemplación de algo difuminado, difícil de ser penetrado más allá de los contornos. Llegó hasta ellos y les habló. Y una vez más percibió el eco de sus palabras en danza entre los árboles, devueltas en juego incesante. Quiso reír, pero sus labios dibujaron una mueca extraña. Sus pies resbalaron. La flor en el ojal, caída en el suelo, mostraba su cuerpo deshecho. La claridad le hirió en los ojos. En las manos percibió el golpe de la sangre. Creyó despertar de un letargo.

—¿Habré muerto?, se dijo.

Pero la duda, temerosa, quedó suelta en el aire. Y al mismo tiempo la voz de la doncella explicó:

—«Habéis llegado a la región ultratelúrica. El paisaje que os envuelve tiene, sin duda, la monotonía o el encanto de lo permanente. Árboles, que son brazos, ríos que dicen su buena canción, luz pródiga en raudales, estrellas lejanas, inaccesibles, de callado fulgor. La vida sorprendida en su punto máximo. Y allá lejos, quien sabe dónde, las puertas de un lugar de extraña felicidad».

La emoción hubiera querido fijarse en el alma del grupo de hombres y mujeres, allí congregados. Pero el silencio cayó pesado entre ellos. Sólo un joven se adelantó para decir:

—Creo que sería ridículo seguir la farsa. Tengo

conciencia de mis actos. Y ahora que no existo, empiezo a pensar con claridad. Voluntariamente me quité la vida. Todavía tengo en mi retina la imagen grotesca del baile de mis pies dos palmos sobre la tierra, la cuerda abrazada al cuello... ¡Muerte romántica la mía, que hizo posible raudales de lágrimas! Y por excepción, la frase enérgica, condenatoria, de mi padre. Pero sobre mi cabeza brillaban los primeros luceros, y pensé que mi alma volvería, así, al seno de una estrella.

Una muchacha vestida de blanco intervino:

—¿Pero es cierto que el alma vuelve a las estrellas?

La doncella repuso:

—¡Quién sabe! Desde aquí las vemos tan lejanas, como los habitantes de la tierra.

—¿Entonces, el Cielo?, insinuó una niña.

—¡Una estrella más! Distante de estos vergeles, y alejado de vuestro mundo.

—Pero, ¿y Dios?

—Una bella ilusión difícil de ser ceñida por dos brazos solos. Tal vez, una idea de gran tonelaje. Lo infinito y desconocido.

—¿Incluso para las criaturas más próximas a él?

—Lo próximo no existe en nuestro mundo, repuso la doncella. La luz nos sirve de medida. Cuando alguna ilusión nos dispara, viajamos envueltos en ráfagas que nos ciegan los ojos. Y al querer abrirlos, volvemos a encontrarnos en el paisaje de ahora, detenido en una soberbia desesperación.

—Y entonces, ¿la visión divina?

—Siempre difuminada, reducida a la eterna ilusión. Algo así como la música que nace en torno nuestro, sin que podamos saber de dónde viene.

—¿Acaso Dios está en todas partes?

—¡O en ninguna!

—Hablas como una mujer desesperada de nuestro mundo, insinuó el hombre de la flor deshecha.

—Quizás tengas razón. Pero no olvides que la duda nace de la espera.

—En ese caso, ¿qué función es la tuya en estos lugares?

—Examinar vuestras conciencias, oír la cadena de vuestros deseos no cumplidos...

—¿Y después?

—Disponer en un tablero la imagen de vuestras almas para comprobar una vez más que el instinto de felicidad sigue siendo un fracaso.

Entonces, del grupo, avanzó un hombrecillo de ausente cabellera, ambas manos tendidas en actitud de espera. Su voz dijo:

—Tienes razón, mujer. Aunque olvidas que también el fracaso encierra un valor. En nuestra tierra, vale tanto ganar una batalla como perderla.

—Pero allá, en vuestro vergel, se os escapa la verdad, repuso la doncella.

—¡Ah, la verdad! ¡El espejismo constante! Precisamente por eso que tú llamas verdad, vivimos con el ansia permanente de morir, esperando, tal vez, una fe-

liz resurrección. Algo así como un deseo de volver a empezar con paso firme, cargados de experiencia, de visión anticipada. ¡Si tal cosa fuese posible! ¿Acaso brillaría la verdad en nosotros, como un brillante en un prendedor?

—Volver a vivir sería horrible, dijo un hombre enfundado en una vieja sotana.

Y ante la expectación, agregó:

—Nadie más desgraciado que yo por haber consumido los años en actitud de espera, de insaciable mansedumbre, sin escuchar la voz interior que me hubiera lanzado a la acción...

—Qué duda cabe—dijo la doncella—que no debe dedicarse a devociones el que nació para ceñir espada.

—Yo hubiera deseado mandar, conducir...

—He ahí tu fracaso, intervino una voz. «No puede hacerse un gobernante del hombre que se da a devociones».

—Pero fuí sacerdote...

—Llegará un tiempo en que los sacerdotes sólo aparecerán en la historia y en el teatro, exclamó la doncella.

—¿Para escarnio?

—¡Cómo interesantes documentos!

—Sin embargo, agregó el sacerdote, yo obedecí la voz de una mujer.

—Hiciste mal, repuso un viejecillo. Aunque no es bueno poseer muchas verdades, hay una que se impone:

«La mujer es la última criatura que el hombre civilizará»,

Sonrió la doncella. Después se percibió en el viento la insistencia de una frase musical. La celeste decoración adquirió resplandores de fuego. Sobre el lomo de una nube viajaban algunas estrellas. Y entre tanto una voz metálica repetía: «En la voluntad de morir se busca una resurrección»

* * *

El hombre de la flor desecha avanzó hasta el centro del grupo. La doncella le tendió los brazos en ademán protector. Pero el hombre se aventuró a ceñirle la cintura. La acarició el cabello y, repitiendo gestos olvidados, rozó con sus labios la juvenil mejilla. Y dijo:

—Todos quisieran volver a vivir. Unos para eternizar algún instante querido o para desandar el hilo de sus fracasos. Otros, para insistir en sus errores o en su verdad.

—¿Acaso tú eres hombre sin deseos?, inquirió la mujer.

—¿Deseos? ¡Los tuve en demasía! Brotaban en torno mío como una resonancia familiar. La voz de un abuelo me lanzaba a soñar en los valores de la política. La palabra del más desgraciado de mis maestros me decía el sortilegio de la filosofía. Y a veces la campana de una iglesia ponía vibraciones místicas en mi corazón.

—¿Y el resultado de todo ello?

—¡Una vida como todas!

—¿Y tu verdad?

—Sólo unas cuantas ideas. Por un lado, el saber que el infierno es el punto final de todos los filósofos, y que la filosofía sin la historia se convierte en estupidez, en castillos en el aire y en telarañas que no sirven para nada.

—¿Entonces, la imagen del hermano hombre?

—¡Un desgraciado eslabón de la familia! El hombre ha progresado bien poco. Tal vez Dios se verá obligado a crear un nuevo tipo. Pero antes habrá de proceder a una total aniquilación.

—¿Olvidasteis, pues, la fraternidad en la tierra?, exclamó la doncella, sorprendida.

—Creo que no. Aunque la practicamos de una manera bastante original. En cualquier faja de nuestro mundo, el hombre aprende a defenderse de los enemigos exteriores y de los interiores. Y sobre todo de sus propios defensores.

—¿Borrasteis, sin duda, la huella de Confucio y de Jesús y de Mahoma?

—Del primero conservamos algunas figurillas simpáticas.

—¿Y su voz?

—Vuela a merced del viento.

—Pero, ¿Jesús?

—Perfectamente encasillado en índices raciales. Su figura pasó de símbolo a cosa demasiado concreta.

El gran error fué copiar su imagen en paños de burdo trazado. Además, se ha dicho, con torpe insistencia, que Jesús era rubio y que los ladrones eran morenos, casi negros. Es decir que los trazos del Salvador eran nórdicos, posiblemente griegos...

—¿Y cuál ha sido la consecuencia?

—La reacción del hombre medio, encerrada en una frase: «¡Que los nórdicos se apropien de Cristo, ya que los judíos lo rechazan!»

—¿Y Mahoma?

—Un simpático ciudadano, cazador de viudas, sagaz político, singular artífice en la creación de su cielo. Es raro el hombre que no siente calor en su alma, al imaginar las vibrantes huríes.

—Sin embargo...

—Sin embargo, continuó el hombre, es más agradable imaginar una doncella escanciando el néctar en finísima copa, que ser recibido por un santo trashumante o por una pobre virgen, como tú, la cabeza ceñida por evanescente aureola.

—¿Olvidas, acaso, que estás muerto?, exclamó la doncella, imitando un reproche.

—¡No hay fuerza capaz de matarme! ¡Tu mismo Dios me hizo inmortal!

—Tienes razón. Pero reconoce que fué una locura decírselo al hombre. Seguir viviendo, ¿para qué?

—Para enseñar a vivir a las pobres almas, limpias de pecado.

—¡Ah, ilusiones de hombre!

—¿Acaso, existe algo más bello?

—Será bello, pero sin duda imposible. En estos vergeles, nuestra vida quedó paralizada, hace milenios.

—Sin embargo, quién sabe si en los bordes de las nubes que nos rodean no existe el abismo que puede devolvernos a la tierra. Y allá...

—Volveríamos a soñar en los ángeles, agregó la doncella.

—Para ensayar la respuesta a una simpática ligereza metafísica. Desde hace tiempo, el hombre se pregunta por los alados espíritus. ¿Dónde están?, se dice. Y al no hallar contestación adecuada, invierte los términos y formula, entre ironías: ¿Cuántos ángeles pueden sentarse en la punta de un alfiler?

—Es necesario seguir esperando...

—Sólo los débiles deben ser ricos en paciencia y sutileza.

—En ese caso...

—Insisto en la vuelta. Como signo de rebelión, debes acompañarme. Es necesario llevar los dioses a la tierra. O por lo menos, las diosas. Nuestros hijos, ahora diseminados en inciertos paisajes, necesitan que se les diga: «Sois todavía la imagen del mono». Y si fuera exacto, gritarles: «¡Emprendisteis el camino para ser Dioses!»

La doncella no se atrevió a dudar. Se despojó de sus vestiduras. Condujo al hombre hasta un girón de tenue azul. Y arrancando de su frente la diadema de resplandores, vestigio de su medrosa virginidad, abrazó

al varón con ternura. Juntos rodaron por el espacio.

Y entre tanto, el hombre que murió durante una noche agarrándose a manos innumerables, soñaba en una tierra poblada de héroes.

¿Acaso su alma no le decía que los héroes surgen cuando la semilla humana florece en la entraña de la divinidad?